



# REVOLUCIONES SIN REVOLUCIÓN O EL MAYO FRANCES DE 1968



*"La revolución es un mito, lo importante es comenzar a vivir, desde ya, revolucionariamente". Los problemas y las libertades no sólo están afuera, sino adentro, y no hay futuro hecho sobre promesas, sólo una vida y presente.*



**“Y**o tenía veinte años”, escribía Paul Nizan, “y no dejaré decir a nadie que es la mejor edad de la vida”. Frase justa, certera en sus fundamentos. Sin embargo, para aquellos que teníamos veinte años en mayo del 68, la miseria de la adolescencia se trocó en una especie de privilegio de una época. De corta duración, ciertamente, en el espacio de una brusca primavera. De las barricadas del 10 de mayo en Quartier Latin, de la huelga general del 13, a la legalización de la izquierda libertaria del 12 de junio, la venta burocrática de los Acuerdos de Grenelle y el gobierno de transición de Couve de Murville del 12 de julio, pocas semanas nos habían hecho revivir con la intensidad de acontecimientos únicos, de esperanzas alcanzables, de revoluciones sin Revolución. Meses más tarde, el calor inusual de una primavera se disolvía en el orden invernal de los proyectos frustrados. Hasta hoy, y nadie sabe hasta cuándo. La frase de Nizan continuaba reinando en toda su extensión.

Pero ese es un discurso nostálgico y viejo; comprensible desde cierto punto de vista, pero ciego como casi toda nostalgia. Pues la primera gran lección del mayo francés, inédita en su grandiosidad, consiste en mostrarnos que la Revolución no es una sino varias, y que no siempre es preciso que ella se realice para sentir, no obstante, sus efectos. La irrupción del feminismo, del homosexualismo anticulpabilizante, de la ecología naturista, del movimiento comunitario, antiauthoritario, biopolítico, el resquebrajamiento del estalinismo internacional, el surgimiento de nuevas alternativas, de nuevas necesidades, de nuevas capas sociales, son los efectos, las ondas de ese inmenso oleaje del mayo del 68, del otoño

caliente italiano, del Tlatelolco mexicano, de los sit-in californianos, de la primavera de Praga.

Desde el despertar de las revoluciones en el llamado Tercer Mundo, la oposición entre Europa y América Latina respecto de su potencia de protesta, levantamientos y puños en alto, parecía desempeñar la función inversa de la oposición entre Alemania y Francia analizada por Marx. Su frase: “los alemanes *piensan* lo que los franceses *hacen*”, con la cual tipificaba la movilidad social de esos países, recae hoy sobre ambos continentes. Digo “pareciera”, pues la situación no es idéntica y la distinción encierra un engaño. A comienzos del siglo XIX el rol intelectual de los alemanes respondía al atraso socio-político del país; al igual que la movilidad de los franceses era un producto de su madurez social. Actualmente el panorama es diametralmente opuesto. Nuestra rapidez para empuñar el fusil se encuentra en proporción contraria a nuestras dificultades para la teoría, y en relación directa con nuestro vacío en el estómago. A la inversa, es la satisfacción y tranquilidad estomacal la que explica la preferencia europea por los libros y la teoría, al bullicio de las revoluciones en la práctica.

La metáfora agreste del estómago, piso inferior y ras-caciendo, ruido en las calles y tranquilidad en las bibliotecas, no me satisface del todo. No me interesa saber cómo era la situación en Alemania o Francia del siglo XIX, o si las abstracciones del saber absoluto de Hegel se situaban más arriba o más abajo del bullicio alrededor de Notre Dame o la Bastilla. Existe siempre una rápida aceptación, en el marxismo y más allá, de la pura actividad de los hombres; una cierta preferencia de la ebullición del obrar sobre el reposo de la reflexión. Y muy bien que así sea. No hay nada válido sobre el planeta que no provenga, se dirija o desemboque sobre una actividad. Pero



esta última formulación cambia ya un poco la perspectiva, y desplaza el ruido. Pues ¿cómo imaginarse un pensamiento sin actividad, una biblioteca sin ruido y un ruido sin cadencias, armonías y método? Lo que quiero decir es que la oposición milenaria entre la práctica y la teoría no es sino una oposición desconfiable y relativa; como toda oposición, por lo demás. Ridiculez máxima aquella de imaginarse un hacer ciego, puro hacer, y un pensar pensamiento, sólo teorías y conceptos.

Es verdad que nosotros, latinoamericanos, pareciéramos hacer revoluciones con la facilidad con que los franceses piensan teorías. Pero me resulta difícil aceptar que eso que ellos piensan es justamente lo mismo, sustituto o prolongación de lo que nosotros hacemos, y sobre todo, en ningún caso, de que si ellos piensan es *porque no hacen*. Que me perdonen mis hermanos de lengua y continente, pero tiendo a creer, con todo el respeto que me producen las revoluciones en América Latina, que lo que se piensa y hace en Europa es esencialmente distinto y fundamentalmente más esencial a todo lo que nosotros hacemos en materia de levantamientos y tomas de poder. Seamos sinceros. ¿Cuántas revoluciones latinoamericanas, cuántos Viet-Nam y transformaciones islámicas no vale un solo mayo del 68? Se me dirá que exagero,

que el mayo parisino, el otoño caliente italiano o la primavera de Praga no fueron sino desplazamientos truncaos, simples suspiros ante los poderosos resoplidos y movimientos efectivos de las revoluciones en el Tercer Mundo. Tal vez. Pero ¿qué cantidad de horizontes y conmociones telúricas no han iniciado esos solos suspiros? Lo sé: cada revolución es más o menos inconmensurable y ocupa, en su espacio y tiempo propios, un lugar determinado en el enorme sueño por hacer de esta tierra un planeta habitable y humano. Pero, en el fondo, lo más decisivamente importante no son las revoluciones en sí, sino lo que las precede, lo que ellas posibilitan y abren camino. En ese sentido, mayo del 68 fue una grandiosa revolución. Ella ha inaugurado transformaciones ocultas, subterráneas, casi imperceptibles, pero esenciales y decisivas. Sus frutos no los hemos comenzado a evidenciar todavía. Pues una de las ilusiones más desastrosas de los humanos consiste en esperar la salvación de una explosión social imprevista. Eso que se llama una Revolución. Como lo escribe Henry Miller: "nosotros esperamos siempre la revolución. Pero la verdadera revolución se hace constantemente. Y el nombre de ese proceso que se opera en profundidad es la emancipación, dicho de otro modo, la autoliberación".

No creo, sin embargo, que debamos abandonar la idea de revolución. Debemos sólo expurgarla de su mitología y leyendas. Pienso que existen, en la historia de la humanidad, momentos más favorables que otros para el cambio, reajuste o desplazamiento de las cosas. Nuestra viveza debe radicar en aprovechar esos momentos, pero sin la ilusión paralizante de creerla una panacea. ¡Cuántas panáceas no se han convertido en calvarios! No me equivoco si digo que la tensión de toda transformación radical se divide entre el tiempo largo, excesivamente largo muchas veces, que ella toma para realizarse, y el tiempo corto, sorpresivo e inesperado frecuentemente, en que comenzamos a darnos cuenta de su aparición. En mayo del 68 esa tensión se hizo patente.

Se sabe que en el calor de las primeras manifestaciones, Cohn Bendit, armado (como se dice sintomáticamente) de un altavoz, recorría la multitud instándola a formar grupos, a *hacer anti-masa*. "No permanezcan agrupados, ocupad el barrio latino a partir de la calle Gay Lussac y hasta la Mouffetard. Formen grupos de 20, 50, 100; grupos de discusión, grupos de acción". (Citado por Alain Touraine, *Le communisme utopique*, Seuil, 1968, p. 147). Es sabido también, que otro de los hechos sorprendentes del mayo francés radicó en el derrumbe de las barreras cotidianas entre gente y gente, vecino y vecino. Todos se hablaban, se saludaban, se prestaban sus cosas entre sí. Como nunca, pues; particularmente en una sociedad que se protege del contacto con una exageración del "pardon" y del "excuse-moi" y que se vuela sobre los perros y gatos como sucedáneos de la efusividad y amortiguadores de la soledad mal vivida.

Esos dos ejemplos señalan la complejidad, la potencialidad, las revoluciones dentro de la ausencia de revolución. Muestran la cierta inimportancia de que ella no se hubiera realizado. Con el mayo del 68 ocurre como con algunos pensadores. Ellos nos convencen de tal manera que una sola de sus ideas, uno solo de sus libros, muchas veces una sola frase, justifican toda su obra, la anulan y resaltan a la vez. Ante ellos nos decimos: esta sola idea, *esta* frase justifican toda su vida; así no hubiera escrito otra cosa, así hubiera continuado escribiendo estupideces, lo salvamos por esa frase, por ese libro, por esa idea. El mayo francés fue más que un libro, más que un pensador, que una sola idea; fueron muchas, infinitas y enormes. Sobre todo, porque ellas no fueron sólo libros, sólo pensadores, únicamente ideas, o tal vez, precisamente porque no fueron libros o ideas sino movimiento, vida misma. Eso que otros denominan "praxis" y que es la base, el caldo de cultivo de los libros y pensadores.

Si una revolución sin masas es un absurdo (proyecto inconsciente de todo grupúsculo que se respete), la creatividad masiva del Mayo del 68 se acercó a ese absurdo por inversión, a-contrario, por subversión de lo uniforme, estático, de lo monolítico, en suma. "La imaginación al poder", esa suerte de contradicción en los términos patentada durante esos días, resume claramente lo que quiero decir. Lo que todo el mundo sabe, pues si existe un movimiento social que haya pasado a la historia, es decir, que se haya incrustado en la memoria colectiva por transgresión del aburrimiento, recreación de la espontaneidad y de la *fête*, ese fue justamente el mayo francés. Tanto, que él pasa por ser una revolución, en el amplio sentido imaginario que conlleva esa expresión.

Extraña paradoja, ya que otro de los méritos del Mayo fue haber roto con el mito legendario de la Revolución con mayúsculas; especialmente en sus diversos significados politicistas: como asalto relámpago, centralización a ultranza, jerarquización de las primacías, como panacea de todo problema, esto es, como exclusión de lo no contemplado por el Programa, por el *Diktat*. De allí que esos movimientos bizarros, bastardos al ojo de la Ortodoxia, que, como la Internacional situacionista, el 22 de Marzo o *Change la vie*, tipificaron un cierto sentido patente de la explosión del 68. Durante el Mayo, no sólo los vecinos se abrazaban efusivamente, sino también Rimbaud con Marx, con Trotsky y Reich; conjunto ideal de lo que un psicoanalista (lacaniano, claro está) llamaría *le retour du refoulé*. El regreso de lo reprimido, excluido y olvidado, en todo su desorden liberador. El mayo del 68 combinó la conciencia anticipatoria de los grupúsculos con las aspiraciones inmediatas de las masas. Diez millones de obreros en huelga más un puñado de individualistas furiosos; hoy no sabemos todavía qué es más peligroso.

Se me dirá que no es verdad, pues el Mayo fue precisamente esa combinación y fue un aborto; grandioso, pero aborto al fin al cabo. Hay quienes agregan que la culpa la tienen los grupúsculos y sus ideas locas. Otros, que la atribuyen a las masas, a sus aparatos esclerosados, a su inmovilismo real. Verdadero propósito de intención de los unos contra los otros, ese discurso oculta que otro de los méritos del 68 consistió en haber incluido dentro de sí, tanto el remedio como la enfermedad; como en la homeopatía. Sólo que la enfermedad estaba muy avanzada y la dosis terapéutica apenas si comenzaba a existir.

Pero no quiero engañar a nadie; no estoy diciendo que con una dosis más desarrollada la Revolución será irreversible. No, por ello he dicho que el Mayo nos enseña que ella no es una sino varias; que es otra manera de mostrar el modo de acción de la dosis mencionada, otra forma de decir su inexistencia como Remedio, otra manera de revelar la mitología de toda revolución, prácticamente su inexistencia. La subversión anti-masa de la política, su despolitización y desaparición "revolucionaria", es decir, esa cierta combinación de Rimbaud más Reich con un cierto Marx, esa especie de dosis, de menjurje que comenzó a cocinarse allí y que parece continuar, no es otra cosa que la disolución de la Revolución





creer que la culpa la tienen siempre y sólo los otros. Comienza a ver qué es lo que tú haces para que ese afuera y éste adentro se compenetren como las caras de una misma moneda. Piensa que lo importante no es sólo cambiar el afuera sino también el adentro, no tanto el afuera como el adentro, no el afuera sino el adentro.

Todas esas "frasecitas" son variantes del mismo asunto; ellas expresan su complejidad, su riqueza, la existencia e inexistencia del "problema", de la revolución. Reconoce cuál te corresponde sin ignorar que todas te designan, me incumben, nos comprometen. Repito nuevamente, ese es nuestro problema hoy. El *quid* de toda transformación radical consiste en el tiempo largo que ella exige para su realización, y el tiempo corto en que comenzamos a darnos cuenta de su aparición, si no, a veces, de su ya larga existencia. Generalmente, cuando el tiempo largo es el de la espera, y el corto el de su realización, es cuando la revolución se hace un fetiche, perdiendo su carácter de transformación radical. Es cuando ella deviene una angustia, un sustituto, una procuración. La revolución es aquí y ahora, ella se está llevando a cabo y se llevará a cabo aún. Es aquí, hoy, somos nosotros quienes la hacemos: la vida, esa revolución. Sólo así podremos adorar *Noël sur Terre*, como quería Rimbaud. Pues en Tierra, navidad puede ser en cualquier momento y siempre. Eso depende de tú y yo. *Encore un effort, citoyens!*



en muchas de ellas, cotidianas, imperceptibles, silenciosas casi y como insignificantes. No es otra cosa que la disolución del Estado, del Poder, de las Clases y toda su cohorte, por la desaparición de su exterioridad interiorizada, vivida, sostenida y reproducida por nosotros, en nosotros, tú y yo. La revolución es un mito, lo importante es comenzar a vivir, desde ya, revolucionariamente. Las revoluciones existen, han existido y seguirán existiendo, pero ellas no son nada si continuamos creyendo que vienen desde afuera y que desde allí van a arreglarse los problemas. Si acaso te llega a sorprender una revolución (pues los otros también se mueven, no hay que engañarse), métele el hombro, contribuye como puedas, sin olvidar que el modo más eficaz de hacerlo es aquí, desde ya y a partir de tí mismo. Deja de creer en los discursos floridos, en las promesas rimbombantes, en la delegación de tus propias fuerzas, sueños, problemas y aspiraciones. Así, quizás, ella no te sorprenderá, cuando llegue, si es que llega. Así no vivirás delegado en un futuro, en una actividad sólo externa, en un "cuando ella llegue, todo pasará". No te ilusiones. Los problemas no están afuera sino adentro, no están tanto afuera como adentro, están afuera pero también adentro. Deja de

*El autor (Bogotá, 1946) es filósofo de la Universidad Nacional, estudió en la Academia de Ciencias de Berlín y se licenció en filología románica en la Universidad Karl Marx de Leipzig. Próximamente la Universidad publicará un libro con sus ensayos sobre Joyce, Paul Valéry, George Orwell, Henry Miller, Freud, Luckács, ... A este libro pertenece el ensayo aquí publicado. La editorial española "Orígenes" acaba de publicar su obra **La ciudad interior**, Madrid, 1989.*